

CAPÍTULO VI

LA AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA

- | | |
|---|----|
| 1. Revolución e identidad mestiza | 68 |
| 2. Democracia y pluralismo | 71 |

CAPÍTULO VI

LA AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA

El siglo XIX mostró ser tanto el de la ruptura con las metrópolis ibéricas, como el de la enloquecida búsqueda de una modernidad política y económica calcada en gran parte sobre los modelos franceses y anglosajones. Esta búsqueda del "progreso", condujo a las elites a dudar de la identidad original del continente. Este pesimismo social contrastó con el optimismo positivista y se manifestó con vigor en el deseo de blanquear la raza, a través de la inmigración europea. La creencia en la imperfección original del indio y del negro justificó su sujeción durante la colonia; ésta se prolongó durante el siglo XIX, bajo la certeza de que sólo la venida de blancos europeos aseguraría las bases sociales necesarias para el progreso. El escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) denunció en su época la pretensión de acceder a la civilización moderna negando la historia misma del continente. A pesar de esta postura, creció siempre una mayor distancia entre el país legal de la modernidad política y económica y el país real del clientelismo y de las relaciones patrimoniales. Pero también, esta carrera desenfrenada hacia una modernidad reproducida y no elaborada a partir de ingredientes propios de América Latina, tuvo como consecuencia la marginación creciente de las masas indianas y negras. Las revoluciones que estallaron entonces, fueron portadoras, tanto de una reivindicación de justicia económica y social, así como de la necesaria afirmación de la identidad mestiza del continente, como la base indispensable para una genuina modernidad latinoamericana. El mal desarrollo, que conocemos hoy, no ha hecho más que reforzar la idea de que sólo un desarrollo endógeno, basado en un modelo latinoamericano de mo-

dernidad, podría permitir una evolución equilibrada de las relaciones sociales. Este desafío sigue siendo vigente en un tiempo donde se habla de una transición democrática, como de un paso imprescindible hacia más justicia. Ahora bien, sólo el reconocimiento del pluralismo étnico y racial puede asegurar una base sólida para la democracia. Contra la segregación racial, lastre de la herencia colonial, se trata de asumir más bien las diferencias y las particularidades. Pero, para poder sobrepasar el mito del mestizaje, fruto de las revoluciones del siglo XX, que permitieron todas las manipulaciones autoritarias, habrá que fundar la participación política del indio, del negro y del mestizo, no como la de unos eternos menores de edad, pero en tanto ciudadanos responsables y representados.

1. *Revolución e identidad mestiza*

Un poco por toda América Latina, el siglo XX vio florecer movimientos revolucionarios y luchas en contra de las dictaduras impuestas por las oligarquías liberales conservadoras. México es ejemplo en esta materia, ya que las sublevaciones revolucionarias, estalladas sobre una década (1910-1920), modificaron la cara política y social del país. Las revoluciones mexicanas facilitaron el acceso al poder de los sectores sociales hasta entonces marginados: los campesinos y los obreros. El modelo de Estado populista que surgió, ofreció un nuevo tipo de estructura política, nacional-popular, donde las fuerzas sociales fueron incorporadas, no sobre la base de la representación democrática, sino, sobre la de la participación y de la movilización colectiva. Un intenso trabajo ideológico se realizó durante y después de la fase armada de la revolución. Esta labor ideológica iba en el sentido de la afirmación de la identidad mestiza de la nación que había sido negada hasta ese entonces por las elites oligárquicas. La pintura mural fue un poderoso vehículo de una nueva percepción de la historia. El pasado prehispánico se convirtió en el fundamento de una identidad plural, fecun-

dada por el impulso español colonial y por la modernidad industrial. La identidad mexicana residió en el entrecruzamiento de esas tres culturas y el mexicano debía estar orgulloso de ese mestizaje. A pesar del constante uso demagógico, que fue hecho de esos símbolos mestizos, por su contenido aglutinante en el marco del refuerzo de un nacionalismo corporativista, significó una ruptura simbólica ejemplar con el pasado colonial, así como con el liberalismo conservador. El bárbaro no era ya el indio, aunque, en los hechos éste se encontraba siempre marginado. Éste fue un paso adelante, pero no una base para la democracia, ya que la noción corporativa de pueblo, fundamental dentro de los regímenes políticos populistas latinoamericanos, sirvió también de instrumento ideológico para subordinar a los actores sociales (sindicatos de obreros y campesinos) dentro del Estado nacional-popular en manos de una nueva burguesía revolucionaria.

Desde entonces en la región latinoamericana, el modelo revolucionario mexicano tuvo seguidores, sin jamás ser igualado. En Perú, la Alianza Revolucionaria Popular Americana (APRA), fundada en 1924 por el gran tribuno Raúl Haya de la Torre, encontró un verdadero eco en el seno de las masas urbanas, recurriendo también a la idea del mestizaje. Pero este movimiento político no alcanzó jamás el poder, durante la vida de su fundador. En Cuba, la revolución de 1959 fue un movimiento igualitario sin precedente, de donde surgió la idea de "cubanía", expresión de un nacionalismo revolucionario mestizo. Por primera vez, los negros y su cultura se integraban a la historia y a la identidad de la isla. En el Brasil de los años de 1920, donde los movimientos militares democráticos de los "tenentes" (lugartenientes) proliferaron, y donde el populismo de Getulio Vargas prosperó luego, la búsqueda de la "brasilianidad" fue igualmente un intento enteramente innovador, integrando la aportación de las culturas afro-brasileñas a la identidad nacional.

Sin embargo, este nacionalismo fue, en todos los países, un arma de doble filo. Éste permitió, ciertamente, la incorporación simbólica de las masas indígenas y negras a la nación, pero frenó el establecimiento de prácticas

democráticas, ya que reforzó una política de participación colectiva y no las prácticas democráticas de representación. De ahí derivan las prácticas militaristas y autoritarias posteriores. En la medida en que ninguna cultura política democrática había acompañado el intenso esfuerzo simbólico de afirmación del mestizaje, una gran parte de los países latinoamericanos se apartó del modelo liberal democrático, que suponía que "el sistema político represente individuos o por lo menos categorías sociales definidas por su posición en el mercado de bienes y del empleo".⁸

En América Latina, la comunidad local es la que se asienta como actor político esencial y no el individuo. De ahí, que la cultura política no pasa en primera instancia por el voto, pero sí, a través de la movilización colectiva en la plaza pública. Sobre una tal cultura política se funda el control vertical del Estado por vía de los intermediarios (caciques y dirigentes corruptos); tales mecanismos corporativos de control político explican la débil autonomía de la sociedad civil, teniendo como consecuencia directa, la difícil formación de actores y de conflictos sociales independientes y autónomos. Es por esto, que se habla de una "democracia restringida" o de una democracia desde arriba. ¿Se trata entonces de una realidad heredada de prácticas y mentalidades coloniales? O bien, ¿es por el contrario, una vía original latinoamericana, en búsqueda de un modelo democrático más participativo que representativo? En la medida, en que lo que está en juego es la reducción de las desigualdades, no podemos más que constatar el débil y limitado impacto igualitario del modelo nacional-popular. Gracias a los movimientos revolucionarios, algunas veces victoriosos, en la mayor parte de los países de América Latina, la afirmación del mestizaje es parte del discurso oficial; sin embargo, los marginados económicos y políticos siguen siendo los mismos: los indios y los negros. ¿Puede entonces existir, una vía latinoamericana de desarrollo y

8 Touraine, Alain, *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine*, París, Odile Jacob, 1988.

de modernidad sin que, estos últimos sean los actores determinantes de un proceso tal? En este sentido, la idea del mestizaje permanece como un concepto puramente estético (la raza cósmica de José Vasconcelos) o simplemente demagógico (el indoamericano de Haya de la Torre), sí, éste no es desplazado de la cultura política corporativista de la integración que lo creó hacia otra cultura política, la del pluralismo que todavía hace falta crear.

2. *Democracia y pluralismo*

Durante los últimos treinta años, un buen número de expertos han subrayado que América Latina se ha hundido dentro del "maldesarrollo" (René Dumont) crónico. Afectada por los términos desfavorables del intercambio que entorpece el equilibrio de la balanza de pagos, castigando los ingresos por concepto de exportación de materias primas, abrumada por una explosión demográfica que reduce a nada la tasa de crecimiento económico, América Latina parece tener todavía por mucho tiempo sus "venas abiertas" (Galeano). El peso de la deuda de la región, la más importante entre las de los países del tercer mundo, hace parecer aún más sombría toda perspectiva de desarrollo. ¿Cómo puede un continente tan rico en recursos naturales y en recursos humanos salir del círculo vicioso de la miseria y la marginación? Una manera de responder, es encontrar las causas de tal situación.

Éstas son históricas, en primer lugar. La explotación económica que comenzó con la llegada de los españoles y de los portugueses, explotación que no ha cesado hasta nuestros días. Éstas también son estructurales. América Latina participa de una división internacional del trabajo; el abismo tecnológico es siempre más amplio entre los países del Norte y los del Sur. Pero las causas del "maldesarrollo" no son sólo externas, como lo dejó entender la teoría de la "dependencia". Éstas son también internas, como lo afirma un buen número de intelectuales latinoamericanos contemporáneos (Paz, Fuentes, Vargas Llosa).

El primer problema, es para algunos la cultura política heredada con el doble obstáculo de “las tradiciones autocráticas de los imperios indígenas y del imperio español en sus dos vertientes: el paternalismo de los Habsburgo y el activismo centralizador y modernizador de los Borbones”.!9△

Después, un fuerte freno reside en las mentalidades de la mediación necesaria, bien percibida por el escritor peruano Mario Vargas Llosa cuando anotó:

sobre el latinoamericano pesa una vieja tradición que lo lleva a esperar todo de una persona, de una institución o de un mito poderoso y superior, frente del cual abdica su responsabilidad civil. Esta antigua función dominadora fue cumplida, en el pasado, por los emperadores bárbaros y los dioses incas, mayas o aztecas y más tarde, por el monarca español o por la Iglesia colonial y los caudillos carismáticos y crueles del siglo XIX. Hoy día, es el Estado quien lo realiza. Estos Estados que los humildes campesinos de los Andes llaman “El señor gobierno”, fórmula colonial sin equívoco cuya estructura, dimensión y relación con la sociedad civil, me parecen ser la causa primordial de nuestro subdesarrollo económico y del desfase existente entre éste último y nuestra modernización política.

Finalmente, la cultura y los intelectuales, marcados por los esquemas de pensamiento heredados de la tradición religiosa colonial, constituyen eso que, Octavio Paz denomina una “modernidad paradójica”:

Las ideas son de hoy, las actitudes de ayer. Sus abuelos juraban en nombre de Santo Tomás, ellos en el de Marx, pero para unos y otros la razón es un arma al servicio de una Verdad con Mayúscula. La misión del intelectual es defenderla. Tienen una idea polémica y combatiente de la cultura y del pensamiento: son cruzados. Así que se ha perpetuado en nuestras tierras una tradición intelectual poco respetuosa de la opinión ajena, que prefiere las ideas

9 Fuentes, Carlos, *Valiente mundo nuevo, épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

a la realidad y los sistemas intelectuales a la crítica de los sistemas.¹⁰

Los intelectuales positivistas del siglo XIX creyeron que el progreso y la democracia venían de la reproducción del modelo liberal europeo y norteamericano, y que así negarían la herencia prehispánica y colonial. En cambio, sus colegas más lúcidos de hoy constatan que esta huida hacia adelante no ha hecho más que acentuar las contradicciones inherentes a la historia de la región, además de reforzar la marginación de las masas. Por eso, además de asumir una posición crítica frente al triple obstáculo ligado al autoritarismo, a la pasividad y al espíritu de sistema, ellos defienden que toda búsqueda de una cultura democrática deberá hacerse en continuidad cultural con el pasado. Tal proyecto podría restituir su originalidad a una modernidad latinoamericana que nacerá del reencuentro y de la confrontación pluralista de las tradiciones de los indios, de los negros y de los ibéricos, y no de su negación o de su omisión. A quinientos años del decisivo encuentro de civilizaciones que marcó el destino de América Latina, éste es el principal reto del momento si se quiere vencer las desigualdades absolutas que subsisten hoy en día.

¹⁰ Paz, Octavio, *El peregrino en su patria, historia y política de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.